

VECINOS DISTANTES, RELACIÓN INEVITABLE:
LAS FRONTERAS NORTEAMERICANAS ANALIZADAS
DESDE UNA PERSPECTIVA COMPARATIVA*

*James Loucky, Donald Alper***

*Pobre México, pobre Estados Unidos;
tan lejos de Dios y tan cerca el uno del otro*
CARLOS FUENTES 1996, 159

*Es físicamente invisible, geográficamente ilógica,
militarmente indefendible y emocionalmente ineludible*
HUGH KEENLEYSIDE, diplomático canadiense, acerca
de la frontera Canadá-Estados Unidos, 1929

Una de las muchas pérdidas a consecuencia de los lamentables acontecimientos del 11 de septiembre ha sido la visión de un mundo sin divisiones fronterizas. Justo cuando un nuevo discurso estaba impulsando nuevos entendimientos de las múltiples funciones y significados de las fronteras, su papel principal de seguridad fue repentina y poderosamente reafirmado. Aunque pocos mapas volverán a pintar los países de distintos colores, las demarcaciones lineares de las fronteras nacionales de nuevo aparecen resaltadas.

Pese a que el énfasis actual cambia para proteger a aquellos que se encuentran adentro, al mismo tiempo que mantiene a los otros en "su propio espacio", la realidad sigue siendo que las fronteras son simultáneamente puntos de unión y convergencia, así como delineación y disyunción. Las fronteras, a veces fijas, otras flexibles, a veces cerradas, otras abiertas, son por naturaleza tanto zonas de transición como escenarios institucionales. Además, las áreas contiguas a las fronteras, por ser lugares de encuentro, de intercambio y de cambio, pueden a su vez tender a la hibridación, así como a la separación y polarización.

El aparentemente inexorable avance de la globalización que, sin embargo, se aminoró debido a los recientes sucesos, requiere todavía de un replanteamiento de las fronteras; las diferencias persistentes y cada vez mayores prometen aumentar aun más los flujos de personas provenientes de economías periféricas. Los

* El Programa de Afiliaciones de Universidades y Colegios (College and University Affiliations Program) del Departamento de Estado de Estados Unidos proporcionó un importante apoyo para esta investigación a través de una beca trinacional otorgada a Western Washington University, Simon Fraser University y El Colegio de la Frontera Norte.

** Western Washington University. <loucky@cc.wwu.edu>; <alper@cc.wwu.edu>.

límites nacionales difícilmente restringen el deseo de mejores condiciones y confort, promovido a través de una miríada de nuevas formas de telecomunicaciones, y tampoco pueden impedir la respuesta organizada para alcanzarlos.

En el caso de Estados Unidos, la retórica de un nacionalismo de expansión ha sido reafirmada defensivamente como el derecho de controlar nuestras fronteras contra esos flujos y, de manera más vociferante, contra aquellos que pudieran estar dedicados a amenazar nuestra “forma de vida”. Este control se ha hecho básicamente en la frontera sur. La frontera con Canadá sigue siendo intrascendente en la opinión pública, al menos hasta ahora.

Para comprender los contrastes, así como coincidencias entre las fronteras que Estados Unidos comparte con Canadá y México, se necesita que examinemos las distintas historias y la naturaleza actual de cada relación binacional. Mientras que la frontera Estados Unidos-México ha llamado enormemente la atención —de hecho, durante mucho tiempo ha sido la única frontera en América del Norte que ha merecido la atención de los medios; por ejemplo, la edición especial del *Time* sobre “Amexica” (11 de junio de 2001)—, la frontera Estados Unidos-Canadá sólo ha sido importante en la mente de los canadienses. En Estados Unidos mucha gente hace un esfuerzo para percatarse incluso de que existe.

Este artículo rastrea algunas de las razones de esta diferencia, al mismo tiempo que sugiere que una consideración comparativa de las fronteras sur y norte es crucial para el éxito de los esfuerzos trinacionales, en particular, en cuanto al medio ambiente. El enfoque principal está en los corredores fronterizos Seattle-Vancouver y San Diego-Tijuana. A pesar de diferencias obvias en las características ecológicas de las biorregiones fronterizas del sur y del norte, una que consta de bosques pluviales templados; la otra, de desierto árido, los dos corredores tienen mucho en común en términos de crecimiento rápido, urbanización y enlaces transfronterizos acelerados. Ambas también se caracterizan por una seria vulnerabilidad ambiental. Esto representa una valiosa oportunidad para compartir información de propuestas de la gestión ambiental y de crecimiento entre dos regiones transfronterizas, así como más allá de cada frontera.

La naturaleza de la frontera Canadá-Estados Unidos

Canadá y Estados Unidos comparten una frontera de 8 895 km, lo que la hace ser, con mucho, la frontera más larga compartida entre dos países en el mundo. Canadá también es el país más grande del mundo que colinda con una sola nación. En este caso, ese vecino es igualmente el coloso global predominante. Estos países tienen el mayor volumen de comercio binacional de cualquier parte del mundo, superior a mil millones de dólares diarios. Canadá es el mayor socio comercial de 38 estados de Estados Unidos. La provincia de Ontario por sí sola tiene más comercio con Estados Unidos de lo que éste lo tiene con México o Japón, sus segundo y tercer socios comerciales. Además, 90 por ciento de los canadienses vive a menos de 150 millas de Estados Unidos. La tendencia del país es hacia el sur en

cuanto a lo económico, lo cultural e incluso al medio ambiente. Éste es el punto principal en la psique canadiense. Para los canadienses, la principal razón de ser de la frontera ha sido la delineación formal de soberanía entre dos países muy similares. Para los estadounidenses, la frontera pareciera casi como inexistente; es más bien como una de sus propias fronteras interestatales. El resultado es la afirmación de que Canadá y Estados Unidos tienen una “relación especial” que, aunque con frecuencia ha sido caracterizada por disputas sobre el comercio, las industrias culturales y el medio ambiente, ha sido generalmente tan pacífica y entrelazada que se da por sentada. Como a menudo se ha observado, Estados Unidos y Canadá son los mejores amigos, les guste o no.

Una de las formas en que podemos entender mejor la naturaleza de la frontera Estados Unidos-Canadá es utilizando, como puntos de partida para una comparación, aquellas características que han sido identificadas como fundamentales para comprender la frontera Estados Unidos-México.

Las desigualdades económicas son quizá el conjunto de diferencias más evidente que caracteriza a Estados Unidos y México. La naturaleza ambigua y polémica de la frontera Estados Unidos-México está profundamente relacionada con el hecho de que éste es el caso más drástico en el mundo en donde países desarrollados y en vías de desarrollo se enfrentan directamente. Algunos han argumentado que ambos lados se distanciaron durante el siglo XX, aunque otros prevén que el TLCAN mitigará esa diferenciación progresiva. Por el contrario, Canadá y Estados Unidos no tienen muchas diferencias ni tampoco las tuvieron antes. Los dos países tienen niveles similares de desarrollo económico, de salario, de tipos de productos que producen y de consumo, así como otras similitudes en la cultura y en valores como la lengua (excepto en Quebec), alfabetización, medios, estilos de vida y conciencia ambiental. En el caso de Canadá y Estados Unidos, el tema económico fundamental no es cerrar la brecha entre un país pobre y uno rico, sino de administrar la relación económica bilateral más grande y tal vez más compleja del mundo.

La segunda clave para la frontera Estados Unidos-México es que nació de un conflicto amargo. Éste surgió entre la polarización y las revueltas asociadas con una expansión capitalista acelerada, la dominación del racismo angloamericano y la dominación sistemática y continua. Por el contrario, los límites entre Estados Unidos y Canadá surgieron en 1846 como una ampliación moderada del paralelo 49 hasta el Estrecho de Georgia, derivada de un acuerdo de 1818 que iba desde el Lago de los Bosques hasta las Montañas Rocosas. Varios cientos de tropas se enfrentaron una vez, en 1857, después de unas disputas acerca de cuál canal marcaba el límite entre las islas que se encontraban entre tierra firme de lo que ahora es el estado de Washington y la isla de Vancouver. Sin embargo, al final, la única baja fue un cerdo estadounidense, que cometió el error de excavar en un jardín inglés para desenterrar papas.

La muy porosa naturaleza de la frontera Estados Unidos-México es una tercera característica, citada reiteradamente en los debates sobre migración y drogas. Esta porosidad es evidente en el hecho de que la frontera sólo ha sido considerada como un problema desde finales del siglo XX. Anteriormente, casi siempre había

un constante ir y venir de residentes, trabajadores, dinero y bienes. De hecho, durante gran parte del siglo, la nacionalidad no causaba casi ningún problema para entrar o trabajar. La frontera norte es igual de porosa, con pocas barreras naturales; incluso los Grandes Lagos y el río San Lorenzo sirven tanto para facilitar como para dificultar el cruce. No obstante, aunque las drogas y la entrada de terroristas se han vuelto una preocupación a lo largo de la frontera norte en los últimos años, la movilidad laboral apenas se puede comparar con la que hay en el sur. Siempre se ha promovido el libre flujo de personas entre Canadá y Estados Unidos, con una apertura considerada como propicia para el fortalecimiento de las relaciones de negocios, pero el cruce fronterizo más numeroso entre los dos países se da principalmente en el sector turismo.

En cuarto lugar, las dos fronteras son distintas también en términos de las funciones de control que se pretenden y el que realmente se tiene. Durante las dos últimas décadas, la frontera sur se ha convertido, en la mente de muchos estadounidenses, en sinónimo de una “última barricada” contra gente no autorizada y productos no deseados. Esto ha tenido como resultado una militarización considerable, con sus lamentables implicaciones: mayor peligro para quienes quieren cruzar, así como aversiones crecientes entre México y Estados Unidos. Por el contrario, la frontera Estados Unidos-Canadá a menudo no es más que una brecha o un camino vecinal. Desde la perspectiva de Estados Unidos, la frontera ha sido en buena parte intrascendente; una puerta trasera que rara vez se recuerda.

Por otro lado, para los canadienses la frontera es fundamental para la identidad. Existe una preocupación importante sobre la influencia de Estados Unidos en prácticamente cada aspecto de la vida canadiense. Por ejemplo, más de 85 por ciento de las exportaciones canadienses van hacia Estados Unidos, mientras que aproximadamente 23 por ciento de las exportaciones estadounidenses van hacia Canadá. Muchas de las industrias más grandes de este país son dirigidas y controladas desde Estados Unidos. La radiodifusión y televisión, la publicidad, las películas y los deportes estadounidenses están incorporados completamente en la forma de vida canadiense. Una preocupación añeja y dominante entre los canadienses —quizá angustia sea una mejor palabra— es el debilitamiento de la identidad canadiense como consecuencia de la influencia estadounidense. Así pues, la frontera es vista de alguna forma con optimismo, como una protección necesaria, aunque insuficiente, para ayudar a mantener la soberanía canadiense. Así como la legislación federal exige que 60 por ciento del contenido diario en los medios durante el horario de mayor audiencia sea “canadiense”, la frontera sirve, en la mente de la población, para mantener lo distintivo de Canadá. Sin embargo, el regionalismo y el continentalismo son realidades territoriales tanto como lo es el nacionalismo. La sólida conciencia de esta realidad ha ayudado durante generaciones a formar un nacionalismo canadiense particular. Este nacionalismo está basado en que Canadá “no es Estados Unidos”. Como lo expresa un escritor, “Canadá es impensable sin su frontera con Estados Unidos” (New 1998, 6). Del lado de Estados Unidos, casi no ha habido ninguna preocupación acerca de la soberanía, ya que Canadá nunca ha representado una posible amenaza. Hasta que el terrorismo se volvió nuestra preocupación

operativa, la frontera era en gran parte irrelevante incluso para la mayoría de los residentes de las comunidades fronterizas, como el condado de Whatcom al noroeste del estado de Washington.

Por último, la frontera Estados Unidos-México tiene una naturaleza singular, una “cultura fronteriza” que ha sido tema de considerables investigaciones académicas y de mucha expresión literaria. Aunque ha habido un gran debate respecto a qué define la cultura fronteriza o qué tan lejos se extiende al norte y al sur, su existencia se fundó en el crecimiento predominante de las poblaciones inmigrantes latina en general y mexicana y latinoamericana en particular. Por otra parte, al norte de Estados Unidos y al sur de Canadá la frontera no es una zona de singularidad. La concentración demográfica de la gran mayoría de los canadienses a lo largo de la frontera significa que no sólo no hay una frontera per se sino que, en efecto, todo Canadá es una sociedad fronteriza. Asimismo, Canadá es uno de los países más urbanizados del mundo; la mayor parte de los canadienses está concentrada en ciudades que se encuentran dentro de una estrecha franja de miles de millas de longitud. Sin embargo, incluso esta franja es diversa, en la medida en que el inmenso tamaño de Canadá y su pequeña población contribuyen a un modelo discontinuo de asentamiento. Esto tiene como resultado importantes aislamientos comunitarios y regionales caracterizados por distintas provincias adyacentes a la frontera (excepto la Isla del Príncipe Eduardo y Terranova), y grandes ciudades paralelas a la frontera pero muy separadas entre sí. Geográficamente, la zona de población de las ciudades y de las provincias pende de una especie de “archipiélago” que va del este al oeste (Widdis 1997).

La tendencia norte-sur de América del Norte

Aunque las dos principales fronteras de Norteamérica van principalmente de este a oeste, a menudo los flujos económicos y demográficos van en línea recta por cientos de kilómetros en forma más natural de norte a sur. Dichos flujos están reforzados por lo que algunos observadores han expresado como la vena primordial de América del Norte, con una obvia referencia a las cordilleras, los valles, las zonas agrícolas y los corredores de transporte. Así como la conexión en el medio ambiente terrestre depende de los corredores, también la actividad humana en el continente. En ninguna parte es esto tan evidente como a lo largo de la costa del Pacífico.

Los corredores norte-sur que dividen en dos, tanto la frontera Canadá-Estados Unidos como México-Estados Unidos se caracterizan por un intenso flujo de personas, productos y contaminantes. Las fuerzas de la integración global aumentaron la presión en estos corredores transfronterizos y los han hecho especialmente vulnerables en cuanto a la degradación ambiental. Áreas que alguna vez fueron periféricas son ahora zonas muy importantes de crecimiento y desarrollo, crisoles para transformaciones económicas y sociales, que a su vez producen cambios en el interior de los países. En América del Norte, una conciencia e impactos cada vez mayores de serios problemas ambientales han aumentado la preocupación por el medio ambiente en los dos lados de las fronteras Canadá-Estados Unidos y

México-Estados Unidos. No obstante, los esfuerzos para luchar contra los problemas planteados por el crecimiento, así como contra negligencias ambientales del pasado, están limitados por jurisdicciones políticas sobrepuestas, procesos políticos nacionalistas y la ausencia de personal especializado capaz de trabajar con las culturas nacionales del otro lado. Aunque cada vez se reconocen más las amenazas ecológicas comunes y las similitudes en estrategias para confrontarlas, distintas lealtades, la ignorancia, sistemas diferentes de gobierno y las sospechas xenofóbicas siguen entorpeciendo la cooperación ambiental fronteriza.

En el rápido crecimiento del corredor de la frontera norte-sur que une a Seattle y Vancouver, y que en alcance cubre la biorregión de la cuenca Puget Sound-Georgia, el crecimiento administrado y sustentable es una prioridad declarada de varios grupos públicos y privados. Sin embargo, se ha logrado muy poco progreso en desarrollar propuestas de verdadera colaboración para encargarse de los asuntos ecológicos transfronterizos, como la contaminación del agua, del aire, la deforestación y la expansión urbana descontrolada. Por ejemplo, a las autoridades regionales y nacionales les tomó años solucionar el conflicto de la pesca del salmón, un recurso que simboliza cómo las realidades ambientales rara vez corresponden a los límites internacionales.

Los problemas en la frontera Estados Unidos-México son aun más serios debido al impacto directo en la salud humana y la esperanza de vida. Como es la región de más rápido crecimiento en ambos países, con una sobreconcentración de población en las grandes ciudades, las aguas superficiales y subterráneas se encuentran en peligro a causa de su uso excesivo. Además, se producen niveles enormes de toxinas por la actividad industrial, así como por las operaciones agrícolas. La infraestructura para manejar estos problemas es, a lo más, débil, y algunos incluso argumentan que la anticipación de la reducción en lugar del fortalecimiento de los estándares ecológicos fue la clave que formó las coaliciones políticas para presionar por un libre comercio.

En ambas regiones fronterizas norteamericanas, los residentes y las comunidades están generalmente a cierta distancia de la autoridad nacional centralizada y tienen distintas prioridades. Sin embargo, también sufren los desmedidos impactos ambientales provenientes del tremendo crecimiento demográfico y económico. Los cambios superan por mucho la capacidad del gobierno para satisfacer las demandas. Estas realidades necesitan soluciones determinadas por arreglos informales fronterizos, soluciones prácticas a los problemas y nuevas y más innovadoras formas de participación de actores gubernamentales y no gubernamentales.

Ahora, vamos a tratar los temas ambientales en las regiones de la frontera norteamericana a través de una perspectiva comparativa y transfronteriza. Aunque al parecer los asuntos ambientales entre las fronteras Estados Unidos-México y Estados Unidos-Canadá no tienen mucho en común, nosotros vemos varias similitudes. Esto incluye muchos problemas asociados con el rápido crecimiento urbano, presiones sobre las especies que cruzan las fronteras internacionales (salmón, ballena, oso, caribú), los efectos de los contaminantes, los desechos industriales y las corrientes de aguas negras (por ejemplo, de Victoria y de Tijuana). Al igual que Kiy y

Wirth (1998), también observamos un impulso cada vez mayor para la gestión ambiental transfronteriza en América del Norte, que está asociada con una perspectiva compartida que enfatiza lo ambiental, con la aparición del medio ambiente como un tema político poderoso (en especial para el electorado en las comunidades fronterizas) y con nuevos marcos institucionales binacionales y trinacionales para tratar los asuntos ambientales comunes.

Dada la magnitud y la complejidad de los temas del medio ambiente, sugerimos que se amplíe la definición de los ecosistemas para incluir el conocimiento antropológico de las prácticas locales, que abarcan varios modelos exitosos de uso de recursos. La ecología política, a su vez, enfoca su atención hacia los contextos sociales y culturales de comportamientos y políticas ambientales y, particularmente, en cómo trata el tema de si el control de los recursos naturales determina la influencia humana en el medio ambiente y sus interacciones con el mismo (Escobar 1996).

Nuestro enfoque también es distinto en cuanto a la geografía. De acuerdo con la idea de que las fronteras son más que demarcaciones y lugares de división, sostenemos que el paisaje político-ecológico que está surgiendo es uno de los corredores norte-sur. Dos de los más cruciales se encuentran a lo largo de la costa del Pacífico. El significado económico y estratégico de las florecientes regiones de Tijuana-San Diego y Seattle-Vancouver, sus dimensiones comparables y el uso que conlleva de la tierra, la distribución del agua y los problemas de la calidad del aire hacen de éstas ubicaciones ideales para resaltar las implicaciones del crecimiento de las poblaciones humanas en la delicada frontera. Mientras que ha habido una mayor atención a los enfoques transfronterizos hacia el manejo ambiental y de crecimiento en el corredor San Diego-Tijuana (Ganster 1996; Herzog 1999, 2000b), últimamente también ha habido notables avances en los enfoques transfronterizos hacia la planeación urbana y ambiental en el corredor Seattle-Vancouver hacia el norte. Asimismo, estamos empezando a ver que se está prestando atención a la creciente integración regional de América del Norte y que se están haciendo incluso algunos esfuerzos pioneros de comparación que simultáneamente toman en cuenta a ambas fronteras (Pfau 2001).

La frontera:* la ecología política del corredor del Pacífico de Estados Unidos-México

La frontera de casi dos mil millas entre México y Estados Unidos une dos culturas y países verdaderamente distintos que se encuentran en niveles completamente diferentes de desarrollo económico. La zona norte de la frontera es el escenario de crecimientos demográfico y económico considerables, procesos que rápidamente transforman el entorno, al igual que las concentraciones de poder regionales y nacionales. Hacia el sur, la larga historia de dependencia económica de su vecino del norte está resaltada por la prevalencia de la inmigración y de las plantas de

* En español en el original (n. de la trad.).

ensamblaje (maquiladoras), cuya razón de ser son las oportunidades creadas por la cercanía con Estados Unidos. El contexto de desarrollo fronterizo de ambos países implica cambios importantes en la población; se tiene proyectado que la población actual de doce millones en los condados y comunidades adyacentes al límite internacional se duplicará para el 2020, y la gran mayoría será urbana (Herzog 2000a). Las combinaciones de crecimiento y yuxtaposición de tales diferencias socioeconómicas están en el núcleo de las relaciones fronterizas de Estados Unidos y México.

Por más de quince años, México enfatizó el rápido crecimiento como la clave para el desarrollo económico. El Programa de Industrialización de la Frontera, instituido en los años sesenta, fue diseñado para introducir a México en la era moderna al generar un alto índice de empleo junto con los ingresos del extranjero, a través de la creación de las maquiladoras de procesamiento de exportación, que actualmente emplean a más de 630 000 trabajadores en más de dos mil fábricas (Ruiz 2000). El crecimiento de la población ha sido acompañado por aumentos en el comercio fronterizo, en especial después de la implementación del TLCAN en 1994. La concentración de la población y el comercio afectan enormemente la disponibilidad del agua, la energía y otros recursos. Además de la falta de agua, la cada vez más pobre calidad del aire, el tratamiento inadecuado de aguas negras y de desperdicios sólidos y los efectos que todo esto conlleva en la salud humana, existen otros problemas que incluyen la pérdida del hábitat y considerables congestionamientos de tráfico. A pesar del crecimiento en el comercio bilateral, la persistencia de salarios relativamente bajos ha llevado a la observación de que la frontera ha experimentado un mayor crecimiento económico que un desarrollo económico real (Ganster, Sweedler *et al.* 2000).

Debido a que México y Estados Unidos se unen en una zona fronteriza árida, el agua es el recurso de mayor importancia que debe ser compartido. Actualmente todas las aguas superficiales están completamente distribuidas, mientras que los depósitos de aguas subterráneas están severamente limitados, si no es que sobreexplotados. Además, las partículas contaminantes y el ozono con frecuencia se encuentran en niveles poco saludables. Los prolongados retrasos de los transportes contribuyen a la disminución de la calidad del aire. El agotamiento de los recursos naturales se acompaña de un uso excesivo y de desechos irregulares de químicos tóxicos en muchas maquiladoras, así como el uso en México de docenas de pesticidas en la agricultura que están prohibidos en Estados Unidos.

El caso Estados Unidos-México muestra los significativos retos que enfrentan los gobiernos ciudadanos y estatales en ambas partes de la frontera. Conforme las poblaciones y el comercio crecen, la base fiscal limitada de muchas comunidades y la falta de información básica dificultan los acuerdos ambientales y los esfuerzos de un desarrollo sustentable. Las ciudades de la frontera mexicana, en particular, han estado mal preparadas para afrontar las necesidades que tienen que ver con el crecimiento económico y las poblaciones que crecen desmesuradamente. La mayoría enfrenta problemas significativos relacionados con una infraestructura inadecuada en los vecindarios pobres con pocos servicios.

A pesar de los retos, el creciente temor acerca de la grave naturaleza de los problemas ecológicos fronterizos está creando una proliferación de redes y de organizaciones no gubernamentales con un enfoque sobre los impactos ambientales de las estrategias de desarrollo nacional y de crecimiento en general. Dentro de México, en donde la movilización ambiental ha sido por mucho tiempo débil y las ONG han sido marginadas (Simonian 1996), existe una conciencia política cada vez mayor y hay reajustes. Éstos abarcan desde el Grupo de los Cien, integrado por algunos de los más importantes intelectuales del país, hasta las coaliciones fronterizas que buscan garantías bajo el TLCAN y la preservación de áreas significativas de biodiversidad. Entre los esfuerzos para enfrentar los problemas ambientales se encuentran las ONG (Zabin 1997) y el unir a un número considerable de líderes comunitarios (como a través del Instituto Fronterizo I en 1998) para tratar los efectos transfronterizos de los derrames en los ambientes humanos y naturales (Herzog 2000a). Las disposiciones del TLCAN (por medio de la Comisión de Cooperación Ecológica Fronteriza y del Banco de Desarrollo de América del Norte) están empezando a ocuparse del daño ecológico causado por el libre comercio fronterizo que ya existía y por las zonas industriales. Otros programas, como Frontera XXI, han sido creados para promover un desarrollo sustentable, una democracia ecológica y una visión a largo plazo de vivir dentro de los límites ecológicos.

El corredor San Diego-Tijuana, con casi cinco millones de personas, representa aproximadamente 40 por ciento de la población de la frontera. San Diego-Tijuana, la subregión fronteriza más poblada y también la más polarizada económicamente, representa un escenario para importantes retos de la cooperación fronteriza. Queda por verse si esas ciudades tan distintas, una próspera y postindustrial y la otra que abarca vecindarios de migrantes y maquiladoras, pueden planear eficazmente la gestión ambiental a largo plazo de la región (Herzog). La inercia histórica de la región ha sido determinada por fuerzas económicas exteriores, que dificultan a los gobiernos hacerse responsables de su propio futuro. Aunque el crecimiento de la población en y para sí mismo es una preocupación ambiental, la calidad de ese crecimiento intensifica la degradación ambiental (Ganster 1999). Si se sigue teniendo un crecimiento metropolitano transfronterizo que gire alrededor del automóvil, se tendrán en el futuro problemas como el congestionamiento, la contaminación del aire y un aislamiento social cada vez mayor. Del lado de Estados Unidos, nuevos modelos de desarrollo, como viviendas producidas en serie y la pérdida de zonas residenciales exclusivas, provocan una suburbanización de crecimiento descontrolado en las áreas susceptibles ecológicamente y tierras de cultivo, así como una sensación de disminución de espacio.

El desarrollo urbano de este corredor del Pacífico resalta la relación íntima entre población, desarrollo y temas ambientales. Aunque ha surgido una nueva conciencia sobre una calidad de vida a largo plazo y temas ambientales, las presiones del crecimiento de la población y el precedente histórico de una planeación de débil infraestructura siguen haciendo mella en la capacidad de regeneración del entorno. Reconocer la naturaleza binacional de estos asuntos es esencial para desarrollar un plan regional eficaz y una situación reguladora que considere la na-

turaleza del crecimiento, al igual que sus relaciones con la justicia social, la viabilidad económica y la salud ambiental.

Cascadia: la ecología política del corredor del Pacífico Estados Unidos-Canadá

En la frontera Canadá-Estados Unidos en el Pacífico oeste, los temas ambientales son resultado de la geografía y del hecho de que la mayoría de las poblaciones canadienses estén cerca de la frontera. A diferencia de la frontera Estados Unidos-México, en donde una enorme desigualdad en oportunidades económicas lleva a los mexicanos hacia el norte, la frontera Estados Unidos-Canadá es mucho menos atrayente. Del lado de Canadá, se distinguen algunas diferencias entre los centros poblados canadienses y las comunidades fronterizas, mientras que del lado de Estados Unidos la mayoría de sus habitantes vive mucho más lejos de la frontera y casi no prestan atención a sus vecinos canadienses. Sin embargo, la frontera predomina debido a que Estados Unidos tiene una fuerte presencia en todos los aspectos de la vida canadiense. Gibbins (1996) utiliza el término “sociedades de la zona fronteriza” para referirse a la proximidad del país con Estados Unidos y a la influencia dominante de la cultura y negocios estadounidenses en Canadá.

Dada esta realidad geopolítica, se podría esperar que las regiones fronterizas entre Canadá y Estados Unidos fueran el tema de muchas investigaciones. No obstante, en general, las zonas fronterizas no han atraído suficiente interés (Blatter y Clement 2000). Anteriormente, los especialistas se enfocaron en disputas específicas como la del pescado, el desvío del agua y los contaminantes, pero la mayor parte de la atención ha ido hacia la relación más amplia entre los dos países, ya que está afectada por condiciones de dependencia e interdependencia. Asuntos como la defensa de Estados Unidos, el comercio bilateral, la lluvia ácida y la influencia cultural estadounidense han sido los temas permanentes de la investigación académica y del discurso político público.

Algunos factores han aumentado el interés en las regiones fronterizas, principalmente el cada vez mayor involucramiento de las provincias y estados en la actividad transnacional. Esta actividad es, en parte, un intento por alcanzar “estrategias de coalición” fronterizas y luchar por intereses económicos regionales (Groen 1994; Brown 1993). De forma similar, las estrategias de cooperación transfronterizas también han sido creadas para tratar asuntos particulares que desafían los límites nacionales, como la contaminación ambiental y la salud pública. Los sistemas políticos federales de las dos naciones facilitan mucha de esta actividad, en donde a los gobiernos subnacionales les compete y tienen la capacidad para comprometerse en sus propias formas de “paradiplomacia” (Duchacek 1990).

En el Pacífico oeste, a mayor grado de lejanía de los centros nacionales de poder, se han formado varias coaliciones para impulsar la integración económica y ambiental. En el aspecto económico, la coalición más ambiciosa es la Región Económica del Pacífico Noroeste (Pacific Northwest Economic Region, PNWER, por

sus siglas en inglés), formada para reunir a los líderes de los sectores público y privado de Washington, Oregon, Idaho, Montana, Alaska, Columbia Británica, Alberta y Yukón para que se comprometieran en una cooperación económica regional. En el aspecto subregional, una organización llamada Proyecto Cascadia (Cascadia Project), creada a finales de los años ochenta para instituir un marco para la cooperación en asuntos que van desde el turismo hasta el transporte. Cascadia se ha vuelto el nombre adoptivo del corredor norte-sur que va de Vancouver, Columbia Británica, a Portland, Oregon; un corredor que está experimentando una de las tasas de crecimiento más rápidas de América del Norte y una región que tiene más bosques de vegetación madura que ninguna otra parte de Norteamérica y más bosque pluvial templado que cualquier lugar del mundo. Los hermosos estuarios costeros, las islas, las montañas circundantes y el aire todavía relativamente limpio hacen que esta región atraiga a los ecologistas empeñados en proteger una de las gemas que quedan en el mundo industrial. Por la rica calidad ambiental de la región, Joel Garreau llamó a esta área Ecotopía en *The Nine Nations of North America* (Garreau 1981).

Los habitantes de Cascadia han logrado llamar la atención hacia la necesidad de pensar en términos regionales para atacar temas importantes, como un transporte eficiente, la gestión del crecimiento, enfoques conjuntos para la protección ambiental y relaciones económicas de cooperación. Aunque Cascadia como movimiento padece la falta de coherencia institucional y apoyo político, ha ayudado a definir un nuevo contexto delimitado para la acción regional. La mayoría de los proyectos de Cascadia tienen como meta facilitar la infraestructura (vías férreas, puertos, carreteras, cruces fronterizos) con el fin de fomentar el desarrollo económico compartido.

La movilización ambiental en Cascadia ha sido estable, pero recientemente dicha actividad se ha traducido en enlaces fronterizos. Los ímpetus para una acción conjunta se dieron en 1987 cuando el estuario Puget Sound fue considerado como un asunto prioritario por el Programa Nacional de Estuarios (NEP, por sus siglas en inglés) de la Agencia de Protección Ambiental (EPA, también por sus siglas en inglés) de Estados Unidos. Aunque el enfoque era sobre todo del lado estadounidense de la frontera, la NEP autorizó un sistema de gestión que implicaba un enfoque de toda la región en donde participaran los gobiernos y grupos comunitarios de ambas partes de la frontera (Hildebrand, Pebbles *et al.* 2001). Del lado canadiense, en 1992 fue propuesto el foro de discusión de Columbia Británica en cuanto al medio ambiente y la economía para plantear cómo administrar la cuenca de Georgia de manera global, incluyendo formas de trabajo con otros niveles gubernamentales en Estados Unidos y Canadá. Cada vez se utilizó más el término "aguas transfronterizas compartidas" y se dio una proliferación de enlaces fronterizos. Éstos se convirtieron en marcos institucionales para establecer relación entre académicos y científicos del otro lado de la frontera, alianzas de ONG (con un enfoque en el medio ambiente marino, las áreas desiertas y asuntos locales, como la protección del agua subterránea y la lucha contra la ubicación de las plantas de generación de energía en las comunidades de la frontera) y los acuerdos ambientales intergubernamentales (incluyendo los derrames de petróleo, la gestión del crecimiento y el salmón del Pacífico).

Los marcos institucionales transfronterizos son más difíciles de lograr, pero sí ha habido progresos. En el aspecto regional, el más importante es el Consejo de Cooperación Ambiental Columbia Británica-Washington (British Columbia-Washington Environmental Cooperation Council), creado en 1992, para mejorar la cooperación bilateral que resuelva los asuntos del mar, del aire y del agua dulce en la región fronteriza que abarca Columbia Británica y el estado de Washington (Alley 1998). Este organismo reúne a funcionarios gubernamentales de alto nivel, científicos y ONG de ambos lados de la frontera para dar prioridad y tratar asuntos fundamentales transfronterizos relacionados con las aguas marinas compartidas, la calidad del aire y agua dulce que se confunden en la frontera.

En el aspecto federal, la EPA ha sido un socio activo y el principal patrocinador de muchos esfuerzos fronterizos para aumentar la cooperación en temas ambientales. En Canadá, los mecanismos de autoridad transfronteriza fueron mejorados en 1998, cuando las agencias federales y la de Columbia Británica ingresaron en la Iniciativa del Ecosistema de la Cuenca de Georgia (Georgia Basin Ecosystem Initiative), que pretende coordinar el trabajo de las agencias federales con el gobierno de Columbia Británica promoviendo la sustentabilidad en la biorregión Fraser-Georgia-Puget Sound.

Aunque las aguas compartidas de la biorregión de la cuenca Georgia-Puget Sound han recibido mucha atención, las coaliciones fronterizas también se han ocupado de las zonas desiertas y el uso de la tierra. En 1994, se formó la Alianza Internacional de las Cascadas como un consorcio de trece organizaciones ecologistas en Canadá y Estados Unidos “que tienen como meta común buscar protección para el ecosistema de las Cascadas del norte” (Cascades International Alliance 1994). El proyecto principal de la coalición era la creación en la frontera del Parque Internacional de las Cascadas que, debido a una fuerte oposición de grupos a favor de los derechos de propiedad, fue casi abandonado en 1995 (Alper 1996). A pesar del fracaso del proyecto del parque, los grupos ecologistas formaron redes transnacionales para protestar contra la tala y otras prácticas forestales en ambos lados de la frontera.

Hoy en día, las perspectivas ecologistas en la región se expresan de varias maneras. Las páginas ecologistas de Internet, como Cascadia Planet y Ecotrust, definen y comunican puntos de vista a través de mapas de ecosistemas sin fronteras, noticias y comunicados sobre amenazas al medio ambiente. Científicos de las universidades de Washington y Columbia Británica comparten información a través de sofisticados programas computacionales enfocados al uso de la tierra, el agotamiento de recursos y la destrucción del hábitat en la región. Varias conferencias transfronterizas y simposios vinculan a especialistas, activistas, funcionarios políticos y a los medios.

Algunos analistas (Sparke 2000) sostienen que la visión principal sobre las Cascadas que privilegia el regionalismo económico podría, a final de cuentas, perjudicar más que ayudar a la meta de sustentabilidad ecológica en la región transfronteriza. Sparke tiene un buen argumento al decir que los habitantes de Cascadia representan la tendencia principal de un movimiento “geoeconómico” que desea consolidar en el aspecto regional los tipos de cambios políticos hacia el neoliberalis-

mo que los regímenes de libre comercio han introducido en el aspecto supranacional. Este tipo de integración económica, con las presiones que conlleva para racionalizar y armonizar las prácticas de negocios y de mercados, podría muy bien retrasar más que hacer avanzar una agenda para un mejor bienestar ecológico. Que la integración regional económica y ecológica sean compatibles o no, y hasta qué punto, es una cuestión importante de la cual deberá partir la futura investigación de los dos corredores del Pacífico norte y sur.

Conclusión

Los corredores fronterizos son especialmente importantes porque representan puntos de contacto en donde culturas, fuerzas económicas, sistemas políticos y contaminantes se entremezclan, frecuentemente con inciertas y a veces trágicas consecuencias. El hecho de que tanto el corredor Estados Unidos-Canadá como el de Estados Unidos-México tengan biorregiones transfronterizas conflictivas aumenta la urgencia para tratar serios problemas ambientales, al mismo tiempo que recalca la importancia de los enfoques fronterizos.

El discurso ambiental fronterizo, al igual que los enlaces fronterizos en general (ya sean comunidades, gobiernos o compañías), está obstaculizado por el extraordinario ritmo del crecimiento económico de la frontera, los distintos sistemas políticos y jurisdiccionales y las continuas diferencias entre los países respectivos (Kiy y Wirth 1998; del Castillo 2001; Barry y Sims 1994). Los distintos contextos sociopolíticos influyen en el desarrollo y la implementación de soluciones eficaces para los problemas ambientales transfronterizos. La política ambiental y económica en los tres países refleja las diferentes tradiciones históricas, influencias culturales, prácticas políticas y variaciones en la valoración que se da a las consideraciones ambientales. El papel de los gobiernos subnacionales cara a cara con los gobiernos nacionales varía considerablemente, siendo Canadá la federación más descentralizada. La enorme centralización de México puede impedir la flexibilidad y la innovación en el aspecto local y regional, en donde las políticas tienden a reflejar fuertemente las prioridades y programas nacionales. Las naciones también difieren en sus respectivos compromisos de capital y recursos políticos para enfrentar los problemas ambientales. Los recursos legales y administrativos son distintos, así como la relativa influencia de los grupos de interés antiecologistas y la movilización y participación de la población. A menudo, esta participación es todavía relativamente débil en América Latina, por ejemplo, en donde implica mayor riesgo y en donde las restricciones económicas limitan la disponibilidad de recursos para la protección ambiental.

Asimismo, existe una desconexión entre lo que nosotros entendemos por biorregiones y corredores. Las biorregiones son tratadas como zonas de integridad ecológica, áreas de componentes integrados (especies) y de interrelaciones que implican poblaciones humanas en crecimiento. Por el contrario, los corredores han surgido, en buena parte, en el contexto de las conexiones lineales entre los centros urbanos en

un sistema económico global en expansión. Tanto el corredor Seattle-Vancouver como el San Diego-Tijuana representan también biorregiones que están experimentando problemas comunes de crecimiento. El medio ambiente es un generador económico primario en las dos regiones fronterizas, como se ve reflejado en el crecimiento de los sectores que dependen de los recursos madereros, de división de aguas, marinos y visuales (paisaje), en el norte, y solar, marinos y turísticos en el sur.

Las ventajas de un enfoque comparativo transfronterizo hacia la gestión ambiental y la planeación urbana se han vuelto también cada vez más evidentes en las regiones fronterizas norteamericanas. Por lo tanto, ésta es la forma más eficaz para conformar realidades actuales: las coincidencias complejas de las biorregiones fronterizas y de los corredores costeros, temas ambientales comparables en el norte y en el sur y las percepciones compartidas, en los tres países, de problemas ambientales críticos, así como enfoques pragmáticos para solucionarlos, son muy necesarios, pero poco frecuentes una psicología social compartida en las regiones fronterizas (Pfau 2001), investigaciones ambientales transfronterizas y marcos políticos binacionales y trinacionales (Sanchez-Rodriguez, von Moltke *et al.* 1998).

Nuestra experiencia —primero al defender que las instituciones educativas fronterizas sirven como centros de enlaces y sinergia transfronterizos y, más recientemente, al vigilar las áreas de investigación existentes y las desatendidas— pone de manifiesto cuánto se puede obtener en cualquiera de las fronteras si se examinan los enfoques y conocimientos generados sobre la otra. La protección ambiental eficaz, la restauración y la educación requieren de esfuerzos compartidos ampliamente y de entendimientos a través de las fronteras internacionales, disciplinarias, académicas y no académicas.

A pesar de la magnitud de los problemas, creemos que los esfuerzos comparativos y de colaboración tienen grandes oportunidades de profundizar el entendimiento de las complejas interconexiones entre la gestión de ecosistemas, el crecimiento de la población y la planeación urbana en los corredores de la frontera del Pacífico de América del Norte y más allá.

Fuentes

ALLEY, JAMIE

1998 "The British Columbia-Washington Environmental Cooperation Council", en Kiy y Wirth, eds., *Environmental Management...*

ALPER, DONALD K.

1996 "The Idea of Cascadia: Emergent Transborder Regionalisms in the Pacific Northwest-Western Canada", *Journal of Borderlands Studies* 10: 1-22.

BARRY, TOM y BETH SIMS

1994 *The Challenge of Cross-Border Environmentalism: The U.S.-Mexico Case*. Albuquerque: Interhemispheric Resource Center.

BLATTER, JOACHIM y NORRIS CLEMENT

2000 "Cross Border Cooperation in Europe: Historical Development, Institutionalization, and Contrasts with North America", *Journal of Borderland Studies* 15, no. 1: 15-53.

BROWN, DOUGLAS M.

1993 "The Evolving Role of the Provinces in Canada-U.S. Trade Relations", en Douglas M. Brown y Earl H. Fry, eds., *States and Provinces in the International Economy*. Berkeley: Institute of Intergovernmental Relations, University of California Press.

CASCADES INTERNATIONAL ALLIANCE

1994 "Nature Has No Borders", *The Newsletter for Cascades International Alliance* I (primavera).

CASTILLO, GUSTAVO V. DEL

2001 "Between Order and Chaos: Management of the Westernmost Border between Mexico and the United States", en Demetrious G. Papademetriou y Deborah Waller Meyers, eds., *Caught in the Middle: Border Communities in an Era of Globalization*. Washington: Carnegie Endowment for International Peace.

DUCHACEK, IVO D.

1990 "Perforated Sovereignties: Toward a Typology of New Actors in International Relations", en Hans J. Michelman y Panayotis Soldatos, eds., *Federalism and International Relations: The Role of Subnational Units*. Oxford: Clarendon Press.

ESCOBAR, ARTURO

1996 *Constructing Nature: Elements for a Poststructural Political Ecology. Liberation Ecologies: Environment, Development, Social Movements*. Londres: Routledge.

FUENTES, CARLOS

1996 *A New Time for Mexico*. Nueva York: Farrar, Straus & Giroux.

GANSTER, PAUL

1996 "Environmental Issues of the California-Baja California Border Region", Border Environment Research Reports no. 1 (junio). San Diego: Institute for Regional Studies of the Californias, San Diego State University.

1999 "The Environmental Implications of Population Growth in the San Diego-Tijuana Region", en Spalding, ed., *Sustainable Development...*

- _____, ALAN SWEEDLER *et al.*
 2000 “Development, Growth, and the Future of the Border Environment”, en Paul Ganster, ed., *The U.S.-Mexican Border Environment: A Road Map to a Sustainable 2020*. SCERP Monograph no. 1. San Diego: San Diego State University, 73-103.
- GARREAU, JOEL
 1981 *The Nine Nations of North America*. Nueva York: Avon.
- GIBBINS, ROGER
 1996 “Meaning and Significance of the Canadian-American Border”, *Border Regions in Functional Transition: European and North American Perspectives on Transboundary Interaction*. Berlín: Institute for Regional Development and Structural Planning no. 9.
- GROEN, JAMES P.
 1994 “British Columbia’s International Relations: Consolidating a Coalition Building Strategy”, *BC Studies* 102 (verano): 54-82.
- HERZOG, LAWRENCE A.
 1999 “Urban Planning and Sustainability in the Transfrontier Metropolis: The Tijuana-San Diego Region”, en J. Spalding, ed., *Sustainable Development...*
 _____, ed.
 2000a “Cross-Border Planning and Cooperation”, en Ganster, ed., *The U.S.-Mexican Border...*
 _____, ed.
 2000b *Shared Space: Rethinking the U.S.-Mexico Border Environment*. La Jolla: Center for U.S.-Mexican Studies, University of California, San Diego.
- HILDEBRAND, L.P., V. PEBBLES *et al.*
 2001 “Cooperative Ecosystem Management across the Canada-U.S. Border: Approaches and Experiences of Transboundary Programs in the Gulf of Maine, Great Lakes and Georgia Basin/Puget Sound” (manuscrito inédito).
- KIY, RICHARD y JOHN D. WIRTH, eds.
 1998 *Environmental Management on North America’s Borders*. College Station, Tx.: Texas A&M Press.
- NEW, W.H.
 1998 *Borderlands: How We Talk about Canada*. Vancouver: UBC Press.

PEAU, MICHAEL R.

2001 "Looking Forward: A Survey of Cross-Border Impression Formation in the Tijuana-San Diego and Seattle-Vancouver Border Corridors", *Journal of Borderlands Studies* 16: 1-13.

RUIZ, RAMÓN EDUARDO

2000 *On the Rim of Mexico: Encounters of the Rich and Poor*. Boulder: Westview Press.

SANCHEZ-RODRIGUEZ, ROBERTO A., KONRAD VON MOLTKE *et al.*

1998 "The Dynamics of Transboundary Environmental Agreements in North America: Discussion of Preliminary Findings", en Kiy y Wirth, eds., *Environmental Management...*

SIMONIAN, L.

1996 *Defending the Land of the Jaguar: A History of Conservation in Mexico*. Austin: University of Texas Press.

SPALDING, MARK, ed.

1999 *Sustainable Development in San Diego-Tijuana*. La Jolla: Center for U.S.-Mexican Studies, University of California, San Diego.

2000 "Addressing Border Environmental Problems Now and in the Future: Border XXI and Related Efforts", en Ganster, ed., *The U.S.-Mexican Border...*

SPARKE, MATTHEW

2000 "Excavating the Future in Cascadia: Geoeconomics and the Imagined Geographies of a Cross-Border Region", *BC Studies: The British Columbia Quarterly* 127 (otoño): 5-44.

WIDDIS, R.W.

1997 "Borders, Borderlands and Canadian Identity: A Canadian Perspective", *International Journal of Canadian Studies* 15: 49-66.

ZABIN, CAROL

1997 "Nongovernmental Organizations in Mexico's Northern Border", *Journal of Borderland Studies* 112, nos. 1-2.